

existía un retablo que cobijaba la imagen que era «de escultura estofada en el pecho tiene un hueco vacío que indica haber tenido su reliquia» y que el retablo «tiene tres pequeños huecos. En uno está la imagen de un evangelista que le falta un brazo; en otro la de la Purísima Concepción y en el del medio un San Francisco de Asís todos de escultura».³⁴ Es más que probable que la imagen hoy titulada como Santa María Egipcíaca (o como Magdalena) que se encuentra actualmente en la capilla sacramental del templo sea la titular de esta desaparecida hermandad.³⁵

Convento de San Pedro de Alcántara de Franciscanos Descalzos (sólo permanece la iglesia, ocupando lo restante el instituto San Isidoro). Fundación de la orden: 1506. Fundación del convento: 1666.

Evidentemente una de las grandes devociones de este convento fue el santo titular que le da nombre. Sabemos que una imagen de *san Pedro de Alcántara* presidía el retablo mayor. Aunque algunos autores han mencionado que la hechura de esta imagen es de Martínez Montañés (cosa poco probable ya que el maestro murió unos años antes de la fundación del convento), otros se han decantado por la labor de Roldán. La imagen de san Pedro de Alcántara se encuentra hoy desnaturalizada en un altar lateral de la iglesia que estamos estudiando. Otra de las devociones de los conventuales fue el Santísimo Sacramento y, evidentemente, la Inmaculada Concepción. Parece ser que poseían una imagen denominada *Inmaculada del Primer Instante*, a la que hacían fiestas y sacaban en procesión claustral en diciembre. Imagen que a día de hoy no logramos localizar.

Hasta aquí hemos estudiado todas las devociones que ha sustentado la comunidad franciscana a lo largo de su historia en Sevilla. Como hemos podido comprobar el número es elevadísimo y, desgraciadamente, muchas de ellas no pudieron sobrevivir al aciago siglo XIX. Durante este estudio nos ha sorprendido la cantidad de imágenes que se encuentran descontextualizadas de su ubicación natural y lo poco atendidas que han sido por la historiografía local. Muchas de las imágenes devocionales que hemos estudiado y que se dan por perdidas, realmente sólo están cambiadas de lugar. Sirva esta breve investigación para recordar a los estudiosos del arte que aún queda mucho por aclarar y discernir.

Dejamos para una próxima entrega la investigación de las devociones olvidadas en los conventos jesuitas, los mínimos de San Francisco de Paula y las numerosas capillas de las venerables órdenes terceras, que sustentaban un culto mucho más popular que las canónicas órdenes religiosas.



³⁴ DÍAZ JIMÉNEZ, Isidro (2015): *Op. cit.*, p. 362.

³⁵ Aunque queremos advertir que hay un constante movimiento de imágenes y retablos en esta iglesia, por lo que no podemos decir con certeza dónde se encontraría la imagen ante la posible visita de un lector de esta revista.

COMPLETANDO LA MEMORIA DEL BARRO. TEJARES Y HORNOS DE LADRILLO: LOS HERMANOS POBRES DE LOS ALFARES DE OSUNA

Por

ANTONIO FAJARDO DE LA FUENTE
Geógrafo

Los trabajos publicados por Luis Porcuna Chavarría han permitido recuperar del olvido la historia reciente de la actividad alfarera de Osuna, localidad que fue un importante centro artesano de la Baja Andalucía, tanto en calidad como en cantidad. Junto a la producción alfarera, la más modesta y utilitaria dentro de la cerámica española, de tinajas, cántaras, orzas, alcuzas, botijos y otras muchas piezas, coexistió la fabricación de tejas y ladrillos, elementos aparentemente simples, pero fundamentales en la configuración del patrimonio construido de la ciudad y del hábitat tradicional de la amplia comarca sevillana, que estaba bajo la jurisdicción de los duques de Osuna.

Ambos oficios envejecieron mal con el desarrollo industrial y tecnológico del país, y prácticamente desaparecieron al cruzar la mitad del s. XX, dejando una huella diferente. Los viejos cacharros pasaron, paradójicamente en poco tiempo, de ser abandonados al perder su uso y ser considerados como trastos inútiles, y hoy los que han sobrevivido a su propio uso y abandono son piezas apreciadas de decoración, atesoradas por coleccionistas. Las modestas tejas y los ladrillos, sin embargo, siguieron manteniendo su importante función, tanto por su papel como elemento que garantiza la integridad de las cubiertas y estructuras como por su valor característico al conformar la epidermis visible de nuestro singular y reconocido patrimonio edilicio. La desaparición de los tejares ha obligado a utilizar materiales de producción industrial que han desvirtuado la imagen tradicional, o a reutilizar tejas y ladrillos recuperados y reutilizados, haciendo bueno el dicho de «la mejor teja, la más vieja». Los derribos y los viejos cortijos arruinados son la fuente de provisión fundamental de un material que ha adquirido un valor inesperado, y que tiene sobre todo una gran demanda en la restauración de los edificios de valor patrimonial. Este artículo pretende acercarse a este olvidado oficio para conocer su evolución, rasgos y trascendencia.

LA CUBIERTA TRADICIONAL ANDALUZA: LA TEJA ÁRABE

La teja cerámica es el tipo de cubierta más utilizado históricamente en la Península Ibérica, al proporcionar el sistema más económico y efectivo para proteger a las construcciones de las inclemencias del tiempo. Se trata de un sistema de cubrición de gran resistencia, fácilmente ejecutable con materiales presentes en la mayoría de las regiones y cuya fabricación y uso no exige una gran especialización.

La materia prima de la teja y del ladrillo es la arcilla, una roca sedimentaria muy presente en el Valle del Guadalquivir; sus propiedades han sido aprovechadas por sus pobladores desde el Paleolítico. La aparición del horno supuso un paso fundamental para el aprovechamiento de sus utilidades en los tejares y alfares que facilitaron la construcción de las ciudades y poblados desde la época clásica. Estas instalaciones prosperaron especialmente donde la disponibilidad y abundancia de las arcillas –los conocidos como *barreros*– era manifiesta.

La cubierta tradicional andaluza no es uniforme. La denominada *teja árabe*, de origen romano –pues desde la época



DETALLE DE LAS CUBIERTAS DE SANTO DOMINGO.
IMAGEN DEL AUTOR, 2022.



ANTIGUO CLAUSTRO DEL CONVENTO DE LOS DOMINICOS, HOY CLUB SOCIAL.
USO DEL LADRILLO DE RASILLA O ALFAJÍA SOBRE RASTRELES PARA
APOYAR LA CUBIERTA. IMAGEN DEL AUTOR, 2022.



REPERTORIO DE PRODUCCIÓN LOCAL DE LOS TEJARES DE OSUNA Y COMARCA.
DE IZQ., A DCHA.: LADRILLO DE RASILLA O ALFAJÍA PARA CUBIERTAS,
LADRILLO MEDIANO PARA ALERO, Y DE TACO PARA LOS USOS MÁS HABITUALES;
TEJA MORISCA, TEJA CAMBUJO Y TEJA CANAL CON LÁGRIMA O
MANCHA VIDRIADA AL COCERSE LA PIEZA EN EL MISMO HORNO QUE
CERÁMICA VIDRIADA. FOTOGRAFÍA: AMALIA TARÍN (2022).

Alto Imperial hay muestras de doble teja curva-, es la de uso más común. Es una pieza de forma curva, concretamente troncocónica, que se utiliza en cubiertas inclinadas. Su forma facilita la colocación solapada de unas tejas con otras, buscando evitar la entrada de agua entre una pieza y otra al formarse un canalón entre dos filas de teja. La teja árabe, que curiosamente en el Magreb se denomina *andaluza*, se caracteriza por la existencia de dos tipos de piezas troncocónicas. En la posición superior, la *cambujo* –también denominada como *redoblón*, *sevillana*, *cobija* o *macho*–, una teja de medio punto rebajado. En la inferior se sitúa la teja denominada *canal*, *solera* o *hembra*, de dimensión más ancha. De la canal en la provincia de Sevilla se distinguen dos variedades: la *sevillana*, cuyo perfil es un arco de medio punto peraltado, y la *alajada*, con forma de arco rebajado y más extendida.

Existe un segundo tipo de teja muy usada en la Baja Andalucía, se trata la denominada *morisca*, considerada por el gremio de la construcción como de peor calidad, y que se caracterizaba porque solo hay un tipo de teja, independientemente de su posición, de forma troncocónica. La *morisca* para algunos informantes era la teja hecha sin torno, sobre el muslo del tejero, más irregulares; para otros sí se utilizaba el torno, pero al ser las piezas superiores e inferiores iguales, su reutilización hoy día es observada con reparos por los profesionales por ser la composición de la cubierta de peor aspecto y eficiencia¹.

¹ El tamaño de la teja árabe es variable, pero las medidas más comunes son 37,5 cm de largo por 21 de ancho (el extremo inferior tiene 15,5 cm de ancho en la canal y 12,5 en la cambujo); otros tamaños habituales son desde 33 cm de largo hasta 40 cm. Teniendo en cuenta que habitualmente el porcentaje de solapamiento es de un 20 %, el número de tejas necesarias para cubrir un metro cuadrado de cubierta varía entre 25 y 35 piezas. La colección de Luis Porcuna cuenta, entre otras, con tejas de dimensiones 70x33 cm.

Desde mediados del siglo XX se ha extendido el uso de nuevos tipos de tejas, como la plana o alicantina, de uso industrial, y sobre todo últimamente las mixtas, que en una pieza incluye canal y cobija y que se usan muy mayoritariamente por ser el proceso del montaje más rápido y económico.

Los tejados podían ejecutarse de muchas maneras: mediante sencillos entramados de vigas y viguetas de madera sobre los que se colocaban las tejas, o mediante distintas capas: un soporte inicial, aislamientos y la teja, aunque tradicionalmente no se solía incorporar una capa de impermeabilización, ya que la teja es un elemento que cumple esa función. Dependiendo del tipo del uso del edificio, según las garantías de impermeabilización, estabilidad y aislamiento que requiriese, los distintos tipos de tejado iban desde la precariedad de cubriciones de cuadras o *tinaos* para animales hasta la complejidad de tejados y cubiertas de grandes edificios. El relativo peso de la teja, aproximadamente 2 y 1,5 kilos, facilitaba que los elementos portantes no tuviesen que ser muy sofisticados: los rollizos y los listones o rastreles de madera si la cubierta se construía a *teja vana*, sin nada entre éstas y las vigas. Para aislar mejor las estancias se han utilizado revestimientos como el ladrillo, el yeso y otros materiales más sofisticados.

Para garantizar la estabilidad de las tejas árabes, estas se anclan al soporte mediante distintos métodos: desde piedras sobre las tejas hasta anclajes con mortero de cal en todas las hiladas. En Osuna era muy normal que la teja estuviese apoyada directamente sobre una capa de tierra.

El principal inconveniente del uso de la teja árabe, dado que tradicionalmente las cubiertas no tenían una capa de impermeabilización, es que cualquier pieza mal colocada, rota o el movimiento de la techumbre puede ocasionar la entrada de agua en el interior del edificio. Ello obliga a reparar los tejados periódicamente por personal especializado. Puntos especialmente críticos de la cubiertas son los aleros y cumbresras, especialmente expuestos, y las limas hoyas (ángulo entrante que forman dos vertientes o faldones de una cubierta), canales que recogen una gran cantidad de agua al ser las principales vías de desagüe. Además de la sencilla teja, para resolver determinados puntos singulares de la cubierta son necesarios completar el tejado con piezas especiales en las cumbresras, aleros, chimeneas, encuentro de faldones, piezas funcionales o decorativas, que debían fabricarse en los tejares o en los alfares.

Respecto al ladrillo macizo, también denominado *de taco*, fabricado junto a las tejas en los tejares², tenían un importante

² Otro elemento característico, no tratado en este artículo, de la producción de los tejares de Osuna son las baldosas de barro utilizadas como solería,



UBICACIÓN DEL TEJAR DE FERNÁNDEZ, ADEMÁS CON EL NÚMERO 3 SE IDENTIFICA LA LOCALIZACIÓN DEL TEJAR DE JERÓNIMO RUIZ, Y EN LA VEREDA DE CACHIMONTE, JUNTO A LAS VIÑAS, EL TEJAR DE FRANCISCO GONZÁLEZ.

TRABAJOS PLANIMÉTRICOS DEL TÉRMINO MUNICIPAL DE OSUNA, 1873.
DIRECCIÓN GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO.

papel: existía una importante producción con una gran diversidad de formatos que atendía a distintas necesidades constructivas. Las piezas de mayor tamaño, o *rasilla* o *de alfajía*, (34x15 cm) se utilizaban en las techumbres apoyados sobre rastreles, denominado *entrevigado de ladrillos por tabla*, y entre los rollizos para componer las cubiertas y aislar las estancias; su grosor de solo 2,7 cm facilitaba aligerar el peso a las cubiertas. Otras piezas singulares eran las utilizadas para componer los aleros (26x13x 3 cm). Por último, el ladrillo macizo ordinario (28x13,5x5 cm) tenía un uso amplio que cubría todas aquellas otras funciones que los muros de sillares o de tapial no podían satisfacer: formar bóvedas, reforzar esquinas, conformar los huecos en los muros y construir dinteles; si bien estas estructuras eran ocultadas la mayoría de las veces por los revestimientos de yeso y cal, siendo elementos por lo general poco visibles.

REFERENCIAS DOCUMENTALES DE LOS TEJARES DE OSUNA

Es conocida la tradición alfarera de la ciudad de Osuna por los trabajos de Luis Porcuna. Aunque no competía con la producción de Lucena, la ciudad alfarera de Andalucía por excelencia, sí lo hacía por la calidad y variedad tipológica de su producción³. Ello era posible por la existencia de varios factores que lo propiciaban: existencia de materia prima en abundancia (arcillas), y de una importante demanda local y comarcal por la producción agrícola y la crónica escasez hidráulica que obligaba a la existencia de cántaros y tinajas para el almacenaje y transporte del agua, del aceite y de las cosechas de cereal.

Entre 1513 y 1760 hay en el Archivo Municipal de Osuna constancia de numerosas solicitudes para utilización de los barreros existentes entorno al común próximo al río Salado, y de la redacción de normas para su buen uso, evitando el abandono de las lagunas generadas por la extracción de los barros por los cantareros y tejeros. Hay también muchas solicitudes para la instalación de tejares

de muy variado formato. La más característica es la denominada baldosa roja, muy presente en los conventos de la ciudad y que prácticamente ha desaparecido en las viviendas de la localidad, donde ha sido sustituida por otros materiales que no requieren mantenimiento.

³ «Mientras que Osuna producía 40 tipos de tinajas, Lucena fabricaba uno solo», Luis Porcuna Jurado.

en este entorno, facultándose a determinados alarifes para la elaboración de informes para que estas actividades no causaran perjuicios al común o a otros intereses particulares⁴.

En el siglo XVIII el oficio tenía una implantación numéricamente reducida. *El Catastro de la Ensenada* (1751), en su relación de los oficios y rentas, une bajo el mismo epígrafe a los dos oficios: «Alfareros y fabricante de tejas y ladrillos»: concretamente se mencionan «4 alfareros y 5 fabricantes de teja y ladrillo con la misma utilidad: 5 y ¼ reales de vellón», rentas muy superiores al escalón más bajo del tejido productivo, el de los jornaleros, dado que las utilidades de estos eran 2 ¼ reales de vellón por jornada laboral. El *Diccionario Geográfico* de Tomas López (1785) censa a solo 4 alfareros, dato que contrasta con los 95 muleros o arrieros, 250 fabricantes de la obra de esparto o los 22 estereros de junco fino.

Sin embargo, en el siglo XIX la actividad crece notablemente: el *Diccionario* de Madoz (1849) describe la existencia en la localidad de «10 fabricas de loza común vidriada, excelente en su clase [...] 15 hornos de ladrillos, cal y yeso». Respecto a la ubicación de los tejares, la primera referencia cartográfica es la del *Atlas de España y sus Posesiones de Ultramar*, cuyo borrador dedicado a la provincia de Sevilla, elaborado en 1869 por Francisco de Coello, identifica un tejar junto a la carretera de El Saucejo, pero la escala empleada 1:200 000 no permitía localizar con detalle muchos más. Sin embargo en la planimetría municipal a escala 1:25 000 de 1873 se identifican tres tejares: el de Jerónimo Ruiz en la vereda de Ronda al norte del arroyo Salado, el tejar de Fernández en las inmediaciones del puente derruido próximo a la carretera de El Salado, y el de Francisco González en la vereda Real de Cachimonte, que debía surtir por su ubicación a las numerosas construcciones existentes en las Viñas.

En 1883 Juan y José Fernández piden permiso al Ayuntamiento para construir dos tejares en la vereda de Los Corrales, y Francisco Ruiz Gómez realiza otra instancia para construir un tejar en el lugar mencionado (Ramírez Olid 1999). Esta familia aparece también como titular de un tejar que se ubica en las minutas o borradores de las hojas dedicada a Osuna del *Mapa Topográfico Nacional* a escala 1:25 000, situado al sur del arroyo Salado en su cruce con la vereda real de Los Corrales, topónimo que ha perdurado hasta nuestro días, dado que el asentamiento poblacional allí existente se denomina *Los Tejares*.

En el Libro de Matrículas del Ayuntamiento de Osuna en 1897 se registran «11 alfareros con uno o dos hornos para

⁴ 1513. En el Archivo Municipal hay constancia de licencia a Martín Sánchez del Caño, tejero, para poner un barrero en el camino de Sanlúcar, de su uso exclusivo, ya que otros oficiales tenían cada uno su barrero dado que no perjudica a nadie. Archivo Municipal de Osuna (AMO) Documentos procedentes del archivo de Rodríguez Marín, leg. 1, n.º 1, F. 42 vto. 9-IX-1513.

1515. Ordenanzas de cantareros y tejeros que regula el acceso a los barreros, obliga a la limpieza de las lagunas para que éstas estén limpias y se señala como sitios de extracción sean con barros de dos partes de las laguna y una tercera del barro del camino de Ipora. (AMO) Documentos procedentes del archivo de Rodríguez Marín, leg. 1, n.º 1, F. 71, vto. 23-VII-1515.

1595. Francisco Dorado, tejero, solicita licencia para hacer un tejar en la Fuente del Esparto. AMO Actas Capitulares 1593-1597, sig. 11. 21-II-1595. f. 182 vto.

1711. Licencia para un tejar, en las inmediaciones de los barreros a orilla del Salado, junto al puente de la Quebrada. AMO. Actas Capitulares 1709-1711, sig. 36, 28-X-1711.

1760. Francisco Moreno solicita licencia para hacer un tejar en la vereda real inmediato al Salado en un sitio que no perjudique a nadie, cediendo los beneficios al común por las contribuciones generadas, facultándose a los alarifes Silvestre y Manuel Godoy para que declarasen que no causara perjuicio al común ni a otros intereses particulares. AMO. Actas Capitulares 1760-1762, sig. 57, 16-I-1760.



LOCALIZACIÓN DEL TEJAR DE FERNÁNDEZ EN LA VEREDA REAL DE LOS CORRALES, MUY PRÓXIMO AL ARROYO SALADO Y A LOS PRINCIPALES BARREROS DE OSUNA. MINUTA A ESCALA 1:25.000 DE LA HOJA 1005 DEL MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL, 1911. DIRECCIÓN GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO.

tinajas y cacharros, y 8 tejares con cuatro mitades de hornos de tejas y ladrillos» pagando una cuota por la licencia mucho más alta los primeros que los segundos, probablemente por la ubicación de éstas en el casco urbano: 38 pesetas para los que tuvieran un horno y 76 para los que tuvieran dos, mientras que para los tejares la cuota anual era de 11,20, 16,80 y 22,40 pesetas según tuvieran uno, dos y tres hornos. Teniendo en cuenta que cada horno necesitaba entre 8 y 10 puestos de trabajo entre maestros, oficiales, ayudantes, aprendices y vendedores, podemos hacernos una idea de la importancia económica del sector (Porcuna 2018).

En la primera mitad del siglo xx la actividad se mantiene: se dan de alta hasta 1948 nueve «hornos de tinajas y cacharros», y cuatro «fábricas de tejas y ladrillos», siendo el último tejar registrado el de Manuel Domínguez en 1943 (Registro General de Altas de Industrias, Archivo Municipal de Osuna n.º 855, 1897-1949). En la segunda mitad del siglo xx el declive de tejares o alfares se acentúa de manera súbita, existiendo dos razones para ello: los tejares de la localidad fueron incapaces a partir de 1950 de competir con la producción de los de la Puebla de Cazalla, siendo más económico adquirirlos allí incluyendo el coste del traslado, según nos han manifestado carreros que se dedicaban a ello. En el caso de los alfares la traída de aguas desde Pedrera (que entró en servicio en julio de 1961) acaba con el milenario problema de escasez y con el trasiego de cántaras desde las fuentes públicas hasta las tinajas, depósitos del agua potable de uso doméstico. No tenemos constancia fehaciente de cuándo desaparecieron los tejares; a finales de los años 50 todavía existía dos en activo, una propiedad de la familia Pino, en la proximidades del arroyo Salado, muy cerca de los barreros donde los arrieros iban a extraer arenas para las obras de la localidad, y de una caldera de la que se extraían esencias de hinojo, romero y tomillo. Poco después desaparecieron por la competencia de los modernos hornos de ladrillo que se instalaron en la cercana población de La Puebla de Cazalla⁵, que fabricaban no ya el ladrillo rústico macizo, sino el ladrillo *de gafa* extrusionado o hueco, modelo que aligeraba el proceso de construcción. La producción industrial sustituyó a la artesanal, sobre todo

por la extensión de los hornos Hoffman, así llamados en honor a su inventor, el ingeniero alemán Friedrich Hoffman, que revolucionaron la producción de cerámica. Consistían en una gran galería abovedada dividida en diversas cámaras que permitían una cocción continua, ya que no se apagaban nunca. En cada una de ellas tenía lugar una fase del proceso, mejorando así el resultado y los costes.

Pero la fabricación de tejas y de ladrillos rústicos o macizos a pequeña escala continuó en Osuna en los pequeños alfares como una actividad complementaria al torneado de las cántaras, hasta el retiro de los últimos alfareros, que atendieron pequeños encargos en sus tornos. Podemos considerar, pues, al último exponente vivo a Manuel Dueñas Delgado, que hasta su jubilación en 1974 continuó con el oficio (Porcuna 2018), y que en la calle de la Cruz tenía su horno, taller y secadero, en el que entre cántaras y otras piezas eran moldeados y cocidos tejas y ladrillos. La tradición tejera local tuvo un epílogo con la fábrica de tejas de Antonio Delgado Puro (1901-1961), hombre emprendedor que construyó la primera piscina de acceso público de la localidad. Hacia 1957 intentó emular a las modernas fábricas de La Puebla en su finca: enfrente de la Estación de Ferrocarril creó la fábrica de ladrillos Nuestra Señora del Rosario, adquiriendo maquinaria para fabricar los modernos ladrillos de gafa, actividad que abandonó en poco tiempo por las dificultades técnicas con las que se enfrentó.

CARACTERIZACIÓN DEL OFICIO

No hemos podido entrevistar a ningún tejero o descendiente directo de Osuna y su comarca, dado el tiempo transcurrido desde la desaparición de la actividad, aunque sí a personas vinculadas directas o indirectamente con el oficio, como son los arrieros, carreros y caleros. Todas las fuentes documentales y orales recabadas insisten que la ubicación de los tejares estaba muy condicionada por la proximidad a un recurso fundamental, las arcillas, localizadas en los terreros muy próximos al arroyo Salado. Se identifican dos barreros especialmente importantes como fuentes de suministro: las arcillas blancas localizadas entorno a la vereda real de Los Corrales, antes de cruzar el arroyo de El Salado, en las inmediaciones del aparcamiento del actual Hospital Comarcal, y el barrero que se situaba un poco después, en donde hoy se ubica el parque forestal sobre un antiguo vertedero. Las arcillas rojas se extraían en las proximidades del cortijo del Rozo.

El proceso de fabricación se iniciaba con la extracción de las arcillas en los barreros, tarea de gran dureza a la vez que especializada y, como hemos, visto regulada por el Ayuntamiento para evitar daños al común. El tejar suele contar con balsa para el agua, pilas para el barro, espacios para triturar y amasar el barro, una era para el secado, uno o varios hornos, así como una construcción cubierta de servicio para los trabajadores. Tras su acarreo en *jarrias* de 6 burros desde los barreros al tejar había que triturar las tierras con un rulo tirado por una caballería, hacer un cribado y una limpieza de las arcillas. La faena continuaba con el amasado o batido con los pies de los tejeros en una balsa, utilizándose las arcillas blancas que le dan el aspecto pajizo para las tejas, ladrillos y para la *obra blanca*, piezas destinadas al agua, cántaras fundamentalmente. Para la producción vidriada se mezclaba generalmente una proporción de 3 espuestas de *arcillas coloras* con 2 de blancas (Porcuna 2018). El amasado del material para los cacharros exigía un paso más, el *sobado* o amasado a mano de los barros colados. Las tejas árabes tenían dos sistemas de modelado: o bien en el torno, y cortado con un *trozal* sedal o alambre utilizado para partir en dos la pieza, o realizado sobre un molde de latón denominado *galápago* o *borrico*. Los ladrillos, según su función, tenían tamaños y grosores diferentes; tomaban su forma en moldes denominados *gaberás*, tabla con mango, haciéndose habitualmente de cuatro en cuatro.

⁵ La Puebla de Cazalla ha tenido una gran tradición en la producción de tejas y, sobre todo, ladrillos. Llegó a tener hasta 15 fábricas que empleaban a medio millar de trabajadores especializadas en la fabricación de ladrillos, la mayoría de ellas cooperativas. La crisis de la construcción de 2008 provocó la desaparición de todas en pocos años, al no ser competitivas con las modernas industrias (IES Castillo de Luna, 2017).



HORNO MODERNO DE LADRILLOS, YA ABANDONADO, DE LA PUEBLA DE CAZALLA. FOTOGRAFÍA DEL AUTOR, 2022.



TEJA ELABORADA EN EL TORNO COCIDA SIN CORTAR. COLECCIÓN DE LUIS PORCUNA. FOTOGRAFÍA DEL AUTOR, 2022.



CARLOS DE HAES, *TEJARES DE LA MONTAÑA DEL PRÍNCIPE PÍO*. OLEO SOBRE LIENZO, HACIA 1872. COPYRIGHT DE LA IMAGEN ©MUSEO NACIONAL DEL PRADO.

Las piezas se dejaban secar en las eras formando un *casti-llete* al sol, aunque en el caso de las pequeñas alfarerías familiares, cuyo horneado no era inmediato, las piezas se secaban a la sombra, evitando que se cuarteasen al ser expuestas demasiado tiempo al sol. Después llegaba el momento crítico: el horneado o cocido. El horno es «el altar de los sacrificios en la alfarería [...], el momento sublime en el que el barro entra en el mundo de lo impercedero, de lo destinado a permanecer» (Porcuna – Fernández Santos 2021), un proceso lleno de riesgos, por lo que suscitaba un respeto reverencial. En el caso de los tejares, no tenemos constancia fidedigna de cómo eran estos hornos⁶, pues no hemos podido localizar ninguno.

El primer paso, muy delicado, consistía en *enjaretar* u *hornar*, que exigía aprovechar el espacio al máximo colocando las piezas en el lugar adecuado: los ladrillos y las tejas protegían del fuego a los cacharros. Por testimonios orales, cuando se cocían junto a los cacharros de los alfareros tejas y ladrillos se apilaban en los *hornos morunos* en forma de tres bolillos permitiendo el paso del calor. Los hornos de los alfares eran de planta rectangular, cubiertos con una bóveda de cañón hecha de sillares y recubiertas con ladrillos de barro macizos refractarios (Porcuna 2018) y con dos cámaras, una inferior o caldera para alojar el fuego alimentado con la madera procedente del olivar y del *monte* (retama y otros

elementos del matorral mediterráneo), y otra superior, *vaso* o *capilla*, donde se organizaba los cacharros a cocer, siendo los de mayor tamaño los que podían estar expuestas a las zonas de mayor temperatura. El horneado era supervisado por el tejero o alfarero con atención durante el tiempo de la cochura, que podía durar hasta 35 horas, aportando el combustible y buscando entre los *tirajes* el color anaranjado característico que anunciaba el fin del proceso; para ello los hornos contaban con una serie de orificios, llamados *braveras* o *micos*, que permitían manejar la temperatura interior, si bien los hornos de los tejares eran más simples, mientras que eran más sofisticados los destinados a la cocción mixta de alfarería en blanco, la vidriada, y tejas y ladrillos.

Dado el coste del transporte de los materiales de producción, todas las grandes poblaciones tenían tejares para fabricar tejas y ladrillos. En algunos casos, cuando se emprendía una gran obra de fábrica, se instalaba un tejero expresamente para facilitar los suministros de las obras de tejas y ladrillos⁷. En la comarca existieron otros tejares, como fueron los casos de los localizados en Herrera y, sobre todo, en La Puebla de Cazalla y Puente Genil.

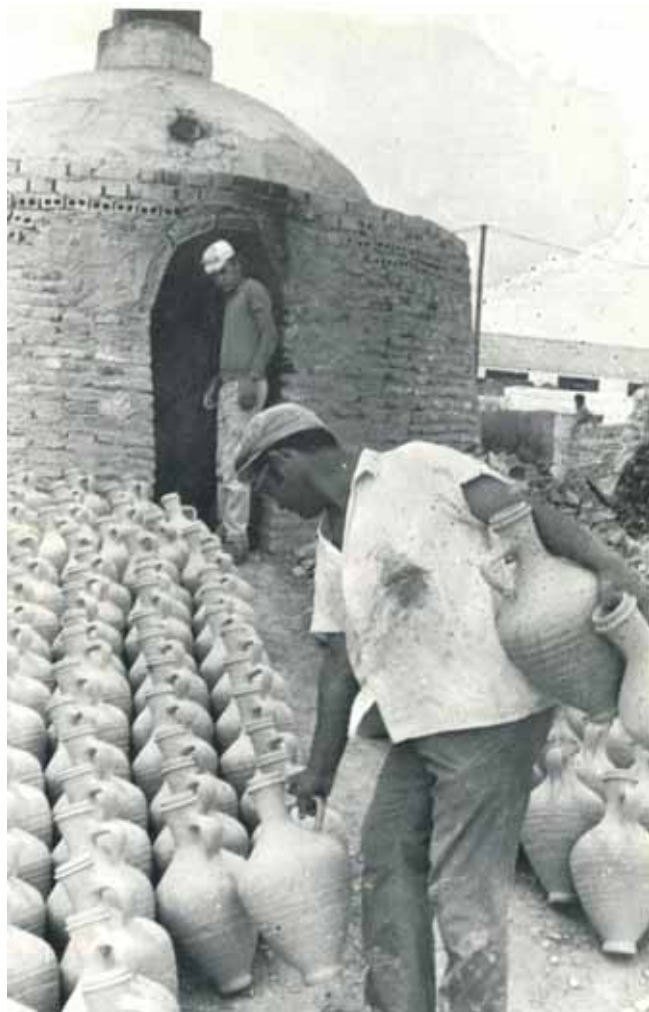
Las instalaciones de los tejares no eran complejas pero sí lo suficiente como para que existiera un propietario que empleaba al resto de los trabajadores, pues los tejares tenían varios hornos y requerían más personal, mientras que los alfares lo normal es que tuviesen un horno, o dos a lo sumo, y fuesen negocios familiares ubicados en la misma ciudad.

La adscripción al oficio se realizaba por lazos familiares y era similar a la de los cantareros, cachareros o alfareros, con los que compartían medios y formas de producción. Estaban hermanados también con otros productores de materiales de la construcción: sillalleros, caleros y yeseros, y tenían una relación intensa con los arrieros, carreros y carreteros. Todos ellos formaban parte del proletariado urbano, situados por ingresos en un escalón superior al de los jornaleros. Sin embargo, compartían la dureza de los trabajos con éstos, comparado con otros artesanos, pero tenían una mayor estabilidad laboral que el proletariado agrario, aunque no dejaba de ser un trabajo estacional, pues el mal tiempo impedía el secado y cocción de las piezas, y estaban sometidos además a la evolución estacional de la demanda⁸.

⁶ Los tejares preindustriales existentes en el entorno de las ciudades de Madrid y Sevilla contaban con hornos de ladrillo abiertos de planta cuadrada o rectangulares enterrados en el suelo y generalmente cerrados por cuatro muros verticales. En otros lugares los hornos eran mayoritariamente redondos (Sanz – Delgado 1991).

⁷ La actas Capitulares de Osuna de 1602 recogen la petición para instalar en el baldío de Martín de la Jara lo necesario para hacer las tejas y el ladrillos necesarios para la obra de la iglesia mayor de la Jara. AMO Actas Capitulares 1600-1603. Sig. 13, 15/IV/ 1602, fol. 28.

⁸ Es llamativo que entre las primeras huelgas de las que hay constancia en la ciudad de Osuna, en 1902, junto con los albañiles y zapateros, los alfareros fueron uno de los primeros gremios que se pusieron en huelga. Los albañiles reivindicaban una reducción de la jornada de trabajo, mientras que los alfareros y zapateros un aumento de sueldo (Ramírez Olid 1999).



CÁNTAROS DISPUESTOS PARA PASAR EL HORNO EN LEBRIJA. TOMADO DE *GUÍA DE LOS ALFARES DE ESPAÑA*, R. VOSSEN – N. SESEÑA – W. KÖPKE (1981). EDITORIAL NACIONAL, MADRID. LOS HORNOS ALFAREROS SE UTILIZARON TAMBIÉN PARA FABRICAR TEJAS Y LADRILLOS Y COCER CAL.

Tejeros, canteros, yeseros y caleros proporcionaban el material necesario tanto para la construcción popular como para la culta que ha llegado hasta nuestros días. El yeso era utilizado para los acabados, desde los más modestos hasta los sofisticados, como los estucados. Los caleros⁹ tenían una importancia mayor, pues la cal ha sido –al menos desde la época clásica– el aglomerante básico utilizado en la construcción y no fue sustituido por el cemento hasta la segunda mitad del siglo xx. La cal también era utilizada en el enjalbegado de las paredes, constituyendo la imagen más característica de la arquitectura vernácula andaluza. Estaban hermanados estos oficios también por el sistema de producción, basado en un duro trabajo de carácter discontinuo que exigía una cierta especialización: desde la extracción del mineral en canteras, a su cocción en hornos, compartiendo estos procesos con los tejares y alfares, si bien en estas profesiones los hornos se solían colocar lejos de las poblaciones por las molestias que provocaban, como por la conveniencia de ubicarlos cerca de las canteras y evitar el traslado de pesadas cargas. También

⁹ A mediados del siglo xx existían al menos 7 hornos de cal dentro de la población, pero hacia 1960 fueron expulsados por el Ayuntamiento por las molestias que ocasionaban a los vecinos, trasladándose a las afueras, donde estuvieron funcionando hasta la década de los 80. Parecidos a los de Morón tenían forma redonda, un diámetro de tres metros, contruidos de sillares o ladrillos en terrenos públicos, por lo que era necesario solicitar permiso al Ayuntamiento. Abiertos por arriba, era necesario acarrear la piedra desde las canteras de Pedrera para fabricar la cal blanca o traer las toscas extraídas de las tierras de cultivo y olivares por los arados profundos y utilizarlas para fabricar la cal de obra. En los alfares, los cantareros aprovechaban en ocasiones, si tenían hueco en el horno, para introducir y cocer piedras de cal, que se colocaban en la parte superior de la carga.



RAFAEL CUEVAS, ANTIGUO CALERO Y CARRETERO, JUNTO CON LOS RESTOS DE UN HORNO DE CAL EN EL PARAJE DEL CERRILLO DE LOS CUARTOS, EN LA CAÑADA REAL DE ÉCIJA A TEBA. DECENAS DE ESTOS HORNOS EXISTIERON EN LAS AFUERAS DE LA POBLACIÓN DE OSUNA HASTA FINALES DE LA DÉCADA DE LOS OCHENTA DEL S. XX. FOTOGRAFÍA DEL AUTOR, 2022.

por la estructura empresarial y por la extracción social de los trabajadores, adscritos en modestas empresas familiares y componiendo el poco nutrido proletariado urbano, sobre todo comparativamente con la masa de jornaleros agrícolas¹⁰.

Como los alfareros, los tejeros eran oficios exclusivamente masculino, dado lo penoso de las distintas faenas que exigían un gran esfuerzo físico, pero en las cargas de trabajos de alguna manera estaba presente el sexo femenino con un importante papel de apoyo familiar, que iba más allá del imprescindible avituallamiento, participando en la comercialización¹¹. Las tejas y ladrillos de Osuna no llevaban cuños que marcasen la procedencia, como sí sucede con algunos tejares de Puente Genil o Herrera. Algunas tejas están particularizadas con inscripciones numéricas, firmas del autor o elementos figurativos (flores, caballos...) realizados con algún objeto punzante antes de la cocción.

Una muestra material del hermanamiento del oficio del alfarero o cantarero y del tejero es la huella visible en muchas tejas y ladrillos, manchados por el esmalte escurrido por gravedad desde las piezas vidriadas, con las que compartían el horneado, goteando a las piezas localizadas en la parte inferior, manchándolas con las *lágrimas*, que permiten deducir la posición de las piezas en el horno. Estos chorreones vidriados realzan junto con la pátina del tiempo la belleza de estas modestas piezas.

LA HUELLA Y VALOR PATRIMONIAL DE LAS TEJAS Y LOS LADRILLOS EN LA EPIDERMIS DE LA CIUDAD HISTÓRICA

La teja cerámica sigue siendo la solución más fiable, duradera y económica para revestir las cubiertas inclinadas. Este material milenario es además la opción más segura, sostenible y que proporciona más confort térmico y acústico, y

¹⁰ Existen muy escasas referencias bibliográficas sobre este oficio, pese a que estaba extendido por todo el país. En Madrid la fabricación de ladrillos y tejas en los tejares del entorno de la capital se llevaba a cabo en modestos talleres o tejares atendidos por un reducido número de trabajadores. Se trabajaba a destajo, la temporada solía durar los cuatro meses (de junio a septiembre), en los que las temperaturas y falta de precipitaciones permitían la confección de la labor al aire libre. Era un oficio de fácil aprendizaje que no requería una cualificación específica, y a él se dedicaban jornaleros que aprovechaban la intermitencia laboral en el campo o en la construcción. Existía una cierta especialización del trabajo, con un oficial que realizaba o supervisaba las tareas más delicadas, sobre todo relacionadas con la preparación de las arcillas, el amasado y el horneado, y los ayudantes completaban las tareas más fatigosas (Candela s/f).

¹¹ En el Registro General de Altas de Industrias (AMO n.º 855, 1899-1948) figura una mujer, Carmen Maldonado Gutiérrez, dada de alta en 1923 como titular de un horno de tinajas y cacharros.



RETROCESO DE LAS CUBIERTAS INCLINADAS EN LA CIUDAD DE OSUNA 1903-2022.
FOTOGRAFÍA ATRIBUIDA A PIERRE PARIS (1903) PROCEDENTE DE LA COLECCIÓN DE JUAN MUÑOZ, Y DEL AUTOR (2022).

tiene importantes valores estéticos, por lo que es el material adecuado para su uso, tanto en obra nueva como en la rehabilitación de edificios.

La cubierta es un elemento protagonista de la denominada *quinta fachada*, concepto que acuñó Le Corbusier para hacer referencia a su importancia como elemento funcional y estético: por su posible utilización como espacio verde, por su habitabilidad, pero también por sus valores escénicos, que se ven propiciados en aquellas poblaciones que su escena urbana favorece la visualización de los paños inclinados cubiertos por la teja tradicional.

Desgraciadamente, se ha producido un gran retroceso en el uso de la cubierta cerámica, sustituida en muchos casos por las funcionales azoteas. La protección del conjunto histórico de Osuna ha permitido conservar la tipología de cubierta inclinada al menos hasta la primera crujía; sin embargo, en los nuevos desarrollos urbanos se ha producido un retroceso claro del uso de las cubiertas inclinadas. También se han utilizado las cubiertas para ubicar en ellas elementos claramente distorsionantes, como los sistemas de refrigeración, salas de máquinas de ascensores, depósitos, antenas e instalaciones fotovoltaicas. Un último elemento de distorsión es el uso de nuevos materiales, como el proscrito fibrocemento u otros materiales sintéticos (fibra de vidrio, materiales asfálticos). También distorsiona, en menor grado, la utilización de modernos materiales cerámicos, como la teja mixta, u otras con acabados cromáticos que contrastan con el tradicional. La propia imagen de la ciudad ha cambiado notablemente en el transcurso de las últimas décadas, un proceso inexorable pero apreciable comparando las fotografías de principios del siglo XX con las imágenes actuales.

Existen casos de actuaciones sobre bienes de interés cultural en los que la intervención sobre su cubierta ha revestido singular importancia. Es el caso de la rehabilitación de la iglesia del convento de Santo Domingo. Ello es por su emplazamiento, con un predominio visual importante desde el importante eje de la calle Carrera y la plaza Rodríguez Marín, como por la propia formación de su tejado, con numerosos planos en el que destaca la imponente bóveda de cañón de la nave principal, a la que se adosan numerosas capillas en el lado derecho, componiendo una quinta fachada con un indiscutible protagonismo visual y estético en el que la cubierta cerámica se adapta a la bóveda de crucería y a las cúpulas sobre pechinas, o a la singular capilla de la Virgen del Rosario con su bóveda ojival de crucería con linterna que se remata con chapitel revestido con azulejo, y las capillas del Dulce Nombre y del Santo Entierro, cubiertas por bóveda de cañón. En las prolongadas obras de rehabilitación, realizada entre el 2008 y 2016 por la empresa Sanor, uno de los principales problemas atendidos fue el estado de la cubierta, que provocaba filtraciones sobre la bóveda encamionada por la pérdida de numerosas piezas rotas, desprendidas y voladas y



DETALLE DE LAS CUBIERTAS DE SANTO DOMINGO, UNA DE LAS MÁS COMPLEJAS Y DE MAYOR VISTOSIDAD DE LA CIUDAD DE OSUNA. EN SU RECIENTE REHABILITACIÓN LAS CUBIERTAS TENÍAN IMPORTANTES DAÑOS ESTRUCTURALES. FUERON REHABILITADAS INTEGRALMENTE Y SE UTILIZARON TEJAS ANDALUZAS ANTIGUAS, LAS CAMBUJOS Y LAS SOLERAS. DADA LA FUERTE PENDIENTE DE ESTAS CUBIERTAS, LAS PIEZAS ESTÁN AMORTERADAS. PARA EVITAR ROTURAS PRODUCIDA POR LA RIGIDEZ DEL CEMENTO SE UTILIZARON MORTEROS CON CAL, MÁS FLEXIBLES QUE LOS CONVENCIONALES. IMAGEN DEL AUTOR, 2022.

que había provocado deformaciones estructurales, e incluso obligó a la utilización provisional de placas de fibrocemento. En esta actuación se reutilizó acertadamente el material existente, recuperando las piezas perdidas o dañadas con piezas similares (Delgado Herrera 2010).

Respecto a los ladrillos, su presencia visual en la arquitectura vernácula estaba eclipsada por las denominadas las «bellas piedras de a ocho» (Paris 1910), los sillares, *contrapelos* y sillarejos procedentes de las canteras de Osuna que hasta mediados del siglo XX era el material utilizado como elemento fundamental de construcción de la ciudad barroca, aunque cuando lo requería el ennoblecimiento del edificio se utilizó la piedra caliza extraída de las canteras de Estepa y Morón (Moreno de Soto 2010). En la arquitectura rural dispersa el material utilizado era el disponible en el entorno inmediato, fundamentalmente el tapial y la mampostería, y el uso del ladrillo aquí es muy limitado, y se reserva para refuerzos estructurales horizontales y verticales de los muros de tapial, para la construcción de pilares y arcos y de las bóvedas continuas (Pavón Torrejón 2017).



CARRILLOS DE AGUA PARA CUATRO O SEIS CÁNTAROS DE UNA ARROBA EN LA PLAZA RODRÍGUEZ MARÍN. LOS ÚLTIMOS AZACANES EN LA FUENTE NUEVA ESTUVIERON EN ACTIVO HASTA EL AÑO 1967-68. ARCHIVO REGIONAL DE LA COMUNIDAD DE MADRID. FONDO NICOLAS MULLER. FECHADO ENTRE 1952 Y 1957. CÓDIGO DE REFERENCIA N.º: 1.0117704. DERECHOS DE USO DE LA IMAGEN CEDIDOS GRATUITAMENTE Y EXPRESAMENTE PARA ESTA PUBLICACIÓN POR LA COMUNIDAD DE MADRID.

El ladrillo macizo se sustituyó a partir de la década de los sesenta del siglo XX por los ladrillos industriales extrusionados de tamaño estándar 24 cm de *soga* (ancho), 11 de *tizón* (largo) y una gran variedad de grosores (entre 2,8 y 11 cm) y disposición de huecos según su uso, traídos desde los tejares de La Puebla de Cazalla, como manifiestan los carreros y arrieros que hemos entrevistados. La aparición del denominado ladrillo *de gafa* (por los dos huecos que lo caracterizaba) fue una revolución, junto a la *rasilla*, utilizado para componer tabiques, que fueron completados en el tiempo con los de hueco sencillo, doble y triple.

**CONCLUSIÓN: UN OFICIO DESAPARECIDO,
UN MODESTO MATERIAL QUE PERDURA EN EL TIEMPO Y
QUE ES UN IMPORTANTE COMPONENTE DEL
PAISAJE URBANO**

Se ha abordado en este artículo el estado del conocimiento sobre un oficio desaparecido en Osuna, pero que ha tenido una trascendencia significativa hasta el ecuador del siglo XX. Oficio hermanado con el de los cantareros o alfareros, no había atraído hasta ahora la atención de estudiosos o investigadores. Por la información documental que se ha podido reunir en este trabajo, ambos oficios estaban hermanados, pues compartían las fuentes de la materia prima (los barrores), regulaciones municipales y, en ocasiones, el lugar de fabricación, pues alfares y tejares solían compartir tornos, eras de secado y hornos. Si bien los tejares solo fabricaban tejas y ladrillos y se localizaban en las afueras de la población y eran instalaciones más complejas con varios hornos, mientras que los alfares se localizaban dentro de la ciudad y la producción principal eran la denominada *obra blanca*, cerámica sin vidriar destinada para almacenar agua, y la producción de tejas y ladrillos era secundaria.

La producción de tejas y ladrillos por medios artesanales prácticamente ha desaparecido en Andalucía, y la que subsiste

ha introducido procedimientos como la utilización de arcillas preparadas, de hornos eléctricos que simplifican el trabajo pero que le resta su carácter singular. Sin embargo, el aprecio por las pautas artesanales ha permitido que subsista algunos ejemplos singulares de producción artesanal reconocida, como es el caso del Tejar Huerta en el Viso del Alcor. Del oficio, en antaño trascendental en la ciudad de Osuna, poco más queda en la memoria colectiva que el topónimo de un asentamiento en las afueras, al sur de la población, aunque sí es patente su impronta en el patrimonio edilicio doméstico y monumental de la ciudad. También queda el mercadeo lucrativo promovido por la reutilización de la teja y el ladrillo tradicional, y que se nutre tanto de los derribos como del expolio de cortijos y haciendas. Creemos necesario que la normativa urbanística local debe ser más sensible con la conservación de las cubiertas tradicionales de teja árabe, que componen una quinta fachada característica y parte esencial del patrimonio edilicio del reconocido conjunto histórico de la ciudad, y de la desprotegida arquitectura dispersa por el medio rural.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES DOCUMENTALES

- CANDELA, Paloma (s/f): *Fabricando tejas y ladrillos: la memoria del barro en Madrid*. Fundación para el Conocimiento Madrid. Comunidad de Madrid. <https://www.madrimas.org/cienciaysoiedad/patrimonio/rutas/arqueologia/Memoria/Memoria-barro/default.asp?pest=0>
- DELGADO HERRERA, José (2010): «La restauración de la iglesia del convento de Santo Domingo de Osuna». *Cuaderno de los Amigos de los Museos de Osuna*, 12, pp. 39-47.
- HISPALYT (2018): *Cubiertas inclinadas con teja cerámica. Aportando valor a la edificación*.
- IES Castillo de Luna (2017): *Tejares. Patrimonio de La Puebla de Cazalla*. <https://www.youtube.com/watch?v=HiJTGtWUurg>
- MORENO DE SOTO, Pedro Jaime (2010): «La configuración barroca de Osuna». *Cuaderno de los Amigos de los Museos de Osuna*, 12, pp. 39-47.
- PARIS, Pierre (1910): *Promenades archeologiques en Espagne*, 14. Ernest Leroux Editeur, Paris.
- PAVÓN TORREJÓN, Guillermo (2017): «La construcción de la arquitectura rural dispersa. Materiales, elementos y técnicas». *Cuaderno de los Amigos de los Museos de Osuna*, 19, pp. 168-173.
- PORCUNA CHAVARRÍA, Luis (2018): «Osuna, pueblo de alfareros». *Cuaderno de los Amigos de los Museos de Osuna*, 20, pp. 113-116.
- PORCUNA CHAVARRÍA, Luis – FERNÁNDEZ-SANTOS ORTIZ, Ignacio (2021): «Barros con alma. El sabi y la alfarería popular española». Editorial Letra Minúscula.
- RAMIREZ OLID, José Manuel (1999): *Osuna durante la Restauración (1875-1931)*. Ayuntamiento de Osuna.
- SANZ MONTERO, Domingo – DELGADO GAMO, Severiano (1991): *Viaje a los alfares perdidos de Albacete. Adobe*.

AGRADECIMIENTOS

A los colaboradores e informantes que han permitido documentar este artículo:

Ana Barrera Núñez, biblioteca de La Puebla de Cazalla; Antonio Martín Torrejón, constructor; Antonio Martín Lucas, guarda rural; Archivo Regional de la Comunidad de Madrid. Servicio de Referencias y Atención al Usuario; Francisco Delgado Bermúdez, compilador de material fotográfico sobre Osuna; Francisco Ledesma Gámez, Archivo Municipal de Osuna; Jesus Sánchez Ortiz, Construcciones Sanor; José María Jiménez, ceramista y restaurador; Luis Porcuna Jurado, coleccionista y especialista en alfarería española; Manuel Cuevas Molero, ganadero; Manuel Núñez y Manuel Avalos, iglesia parroquial de Santo Domingo; Ricardo Camúñez Fernández, arriero; y Rafael Cuevas Candelada, carrero y calero.

